

# Encuentros a ambos lados de la ribera

**R**ENÉ PORTOCARRERO NUNCA FUE UN HOMBRE COMÚN, pero su conducta aquella tarde resultó un paso más allá de lo habitual.

Desde el primer momento, supe que era alguien cercano, pero no logré acordarme de él ni siquiera después que se acercó a la mesa del café al aire libre en medio del puerto, donde yo estaba sentado con mi esposa, y me dijo: «Me alegro de verte otra vez», tras lo cual, con aquella expresión suya tan peculiar, se marchó.

Lo conocí tres décadas antes. Portocarrero asistía a casi todas las jornadas del torneo internacional de ajedrez que a principios de los años 60 comenzó a celebrarse en La Habana, en homenaje a José Raúl Capablanca. Casi siempre de pie, inamovible, a pesar de las sillas vacías alrededor del rectángulo de cordones que separaba a los espectadores de los maestros. A veces, se sentaba frente a los tableros murales que reproducían las partidas sin hacer comentarios. Cuando ocurría algo fuera de lo común y se producía una exclamación colectiva miraba extrañado.

Logré que tuviera acceso a la sala de análisis del torneo, donde los participantes se sentaban a comentar sus partidas. El lugar estaba escondido del público, pero sus mesas privadas, con tableros empotrados y majestuosas piezas Staunton, dulces y refrescos, estaban al alcance de los autorizados.

Luego, supe que apenas entendía lo que pasaba, o, al menos, su comprensión no era del nivel al que yo estaba habituado. Lo que realmente conoció del ajedrez lo reservó en privado. Su pasión pública por el juego resultó conocida cuando confesó, en una entrevista, que en lugar de pintor hubiera querido ser ajedrecista.

Su presencia en el lugar exclusivo para los maestros fue esporádica y poco se hacía notar. Alguna que otra vez, fue a comer algún dulce. A veces, se detenía frente a dos participantes que comentaban lo ocurrido sobre el tablero esa jornada. En una ocasión, la única, terminó sentado frente a un invitado al torneo que le explicaba con diligencia propia de los grandes maestros las volteretas tácticas de una batalla recién concluida.

Para ese tiempo, Portocarrero estaba al tanto de que yo conocía sus escasas habilidades para el juego, pero apenas se dio por enterado de mi asombro al verlo en el insólito papel de seguir como un conocedor los comentarios del campeón de Suecia, Gedeón Stahlberg.

Cualquier otra persona hubiera hecho un gesto con los hombros, o los ojos, como diciendo: ¿Qué puedo hacer? No él. Quizá estaba allí atendiendo las explicaciones de su anfitrión, pues fue el único a mano al que Stahlberg pudo acudir para explicar lo ocurrido en su partida. Luego, tuve la sospecha de que se habían conocido en el bar del lobby del hotel Habana Libre, donde Stahlberg dejó su impronta. En todo caso, fue el rol que el destino le deparó en ese instante específico y, como tal, lo asumió sin extrañarse.

Al andar de los años, me pidió que reelaborara para él, bajo cierto formato, un texto con la historia del ajedrez, para ilustrarlo con sus dibujos. Resultó una colaboración inconclusa. Sin darle explicaciones, me marché de Cuba la madrugada del 17 de junio de 1980 en un vuelo a Moscú. Nunca retorné.

Cierta vez, le pregunté por qué amaba tanto un juego que casi no comprendía; me respondió que estaba seguro de haberlo dominado con maestría en un pasado que le resultaba distante, pero familiar.

### EL DRAGÓN

Tal confesión me llevó al territorio particular de otro amigo de entonces, Oscar Hurtado. Oscar elaboró una teoría de posibilidades. «Pero tiene que haber sido hace muchos siglos, tal vez en sus orígenes», ya que no conseguía vincular una vida previa de Portocarrero cercana en el tiempo. Eso lo mantuvo ocupado a ratos. «Estoy convencido», me dijo, de «haber descubierto a Portocarrero en una pintura magna de Florencia», pero, luego, descartó esa posibilidad. Otra vez, indagó sin éxito el rostro del pintor en «El entierro del Conde de Orgaz». Creo que se cansó; en definitiva, no era para tanto, al menos eso daba a entender con sus expresiones. Oscar tenía tantos relatos fantásticos en su mente que le era casi imposible retornar a uno que había dejado atrás. Tras su aparente desinterés había un secreto que no descubrí sino treinta años después. En realidad, un Portocarrero viajante por el tiempo le interesó mucho más de lo que dio a entender.

Hoy, casi nadie recuerda a Oscar en Cuba, pero en su época, los años 60, era el «platillólogo» de la Isla, el decano de temas sobrenaturales; el padre de la historia de que Sherlock Holmes había vivido hasta los 103 años gracias a la jalea real, el creador de una colección muy popular de libros, Serie del Dragón, y el que puso juntos los mejores *Cuentos fantásticos* en una obra.

Oscar estaba convencido de que los extraterrestres eran los causantes de la rápida evolución del hombre 5.000 años atrás, uno de los escasos temas a los cuales volvía de manera incesante.

Su poemario *La ciudad muerta de Korad* fue un vaticinio del destino de La Habana, como si una percepción extratemporal le hubiera permitido adelantarse al tiempo y observar las ruinas desde esa atalaya privilegiada.

Oscar resultaba tan enigmático como las propias dimensiones en que se movía. «Gigante entrañable», lo recordó Guillermo Cabrera Infante. Si alguna vez se hubiera escondido un marciano en La Habana, todo el mundo hubiera señalado la casa de Oscar como el sitio donde se refugiaba, o incluso lo habría identificado con el personaje venido del espacio.

Su apariencia estaba llena de contrastes. De vuelta de Nueva York en 1959, pronto se encontró, debido a su tamaño, sin ropas en Cuba, algo que parecía preocuparle poco. Su calzado se limitaba a un par de tenis que algún amigo le trajo del extranjero, pues tenía unos pies enormes, mientras que los pantalones, a fuerza de tanto lavado, le quedaban cortos. Era la figura de un payaso imponente, pero, en todo caso, de uno culto y desconsolado.

Conversar horas y horas era su mejor defensa contra la frustración. Su reino no era éste. Los hijos recién nacidos de sus amistades provocaban en él una curiosidad y atención inusuales, de manera especial los de su amigo, el dibujante Hernán Henríquez, que puso a sus vástagos los nombres de los dos satélites de Marte: Fobos y Deimos. Oscar estaba convencido de que los hijos gemelos de Hernán se comunicaban entre sí mediante un lenguaje secreto que trató de descifrar.

Si Oscar y Portacarrero eran almas vagabundas de otros tiempos, poco hicieron por hacer públicas sus aventuras. Al menos, es lícito preguntarse de dónde provenía la asombrosa cultura de ambos, cuando ninguno tenía formación profesional. Los dos eran autodidactas, pero quién sabe de cuántos siglos.

Cuando Oscar falleció, un solo escritor se levantó entre todos para rendirle homenaje escrito, Manuel Díaz Martínez en *La Gaceta de Cuba*. «La Muerte del Dragón», escribió Manuel en una despedida llena de intensidad humana. El Dragón ejercía fascinación sobre Oscar, no por lo de animal mitológico, sino porque era la interpretación de los antiguos sobre la guerra que libraron sobre el cielo de nuestro planeta los guerreros del espacio.

Muy pocos fueron a su entierro, en una esquina apartada del cementerio de Colón, pero lo que sucedió aquella tarde no debiera extrañarle a nadie que conociera a Oscar. «Todo se puso negro de repente, con muchos relámpagos y truenos», recuerda Hernán Henríquez, que estuvo junto a Évora Tamayo, la compañera de Oscar, y un pequeño grupo de íntimos. «Frente a la tumba había un viejo flaco, inmóvil como una estatua, vistiendo una guayabera blanca, de mangas largas, un poco amarillenta por el uso, y un gastado sombrero de yarey en su cabeza, pero no estaban los enterradores», recuerda. El viejo, que se portó como un capataz, sugirió a los presentes bajar entre todos el ataúd a la tumba, pero sin poner la tapa de mármol, porque era muy pesada y podía triturarle los dedos a los improvisados sepultureros. Puesto que los enterradores seguían sin aparecer, el viejo pidió al grupo que se marchara; él se encargaría de que lo hicieran.

Tres días después, Hernán Henríquez regresó a visitar a Oscar y encontró que la tumba seguía abierta. «¡Eso no es posible!» —gritó el administrador del camposanto cuando le dio las quejas— ¡Eso nunca ha ocurrido; aquí jamás se ha dejado una tumba abierta!». Se calló ante el sepulcro destapado. En la búsqueda de chivos expiatorios, Hernán mencionó al viejo que parecía

capataz. El administrador respondió que allí no trabajaba ninguna persona con ese perfil, y menos con guayabera blanca y sombrero de yarey.

Oscar, a veces, mencionaba a sus amigos que tenía una deuda con la vida porque no había tenido hijos, y por lo tanto estaba condenado a resucitar. Hernán Henríquez sospechó que uno de los relatos de Oscar, «Los vampiros de metano», tenía relación con lo ocurrido, e imaginó una conspiración de Oscar con su más íntimo amigo, Pedro Julio, para que a la hora de su muerte su tumba permaneciera abierta, a fin de escapar de ella, con alas de vampiro, y volar al más allá.

Cumplida esa tarea, Pedro Julio moriría poco después, a los 55 años de edad, la misma de Oscar, tal como lo había presentado Hernán Henríquez, quien después escribió un relato que a él se le antojaba muy cercano a la realidad, donde «Oscar y Pedro Julio era la pareja inseparable que ha venido recorriendo el tiempo, pasando de reencarnación en reencarnación. Ellos habían sido Sherlock Holmes y Watson; Cainde y Taebo; Rómulo y Remo; Cástor y Pólux; el Gordo y el Flaco; Benitín y Eneas».

#### CARTAS REVELADAS

Gracias a Oscar conocí a otro escritor que luego fue mi amigo por medio siglo. Era el año 1966 y en La Habana se celebraba la Olimpiada de Ajedrez. Oscar recibió el encargo de preparar un número especial de la revista *Cuba Internacional* sobre el acontecimiento, una tarea que cumplió con una edición de coleccionistas en la cual incluyó a Lezama Lima y, por supuesto, su certeza de que el ajedrez era un pasatiempo traído a nuestro planeta por los extraterrestres.

Pero en 1966, Oscar era ya casi una *no persona* en la Isla. Durante muchos años me pregunté quién fue el osado que le solicitó tal extensa colaboración para la revista cubana más divulgada en el extranjero, hasta que un día lo supe por labios de esa misma persona: Antonio Benítez Rojo.

No es raro que haya conocido a Antonio en la casa de Oscar durante una cita con personajes que parecían salidos del cine negro norteamericano: un par de hombres que algunos catalogaban de matones: Pepe de Jesús Ginjau-me Montaner y Billiquen, de la banda Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR), de Emilio Tró. La reunión era a petición de Antonio, quien deseaba escribir sobre el gansterismo en la Universidad de La Habana y publicar una serie en la revista *Cuba Internacional*, donde entonces era jefe de redacción.

Pero como el propio Fidel Castro había pertenecido a ese grupo gansteril, las intenciones de Antonio resultaban indeseables y sospechosas. Sus contactos con ambos personajes fueron prohibidos, y las cintas de las entrevistas, confiscadas.

A Oscar y a Antonio los unía, sobre todo, la literatura, especialmente aquella sobre experiencias alejadas de lo usual. En varios de los cuentos escritos por ambos, el asunto emerge con claridad. Sin embargo, Oscar nunca pudo escuchar el relato más asombroso de Antonio (¿o quién sabe?): el de aquel día, a comienzos de los 80, cuando Antonio entró en un hotel de Connecticut, fugaz, en viaje por la eternidad.

Contó Antonio que su esposa y él llegaron al sitio huyendo de una nevada y al entrar observaron que ni la ropa de los huéspedes ni los anuncios ni el

mobiliario se correspondían con la época. «Hilda, esto no existe», le dijo. «Vámonos de aquí antes de que desaparezca».

Pero su curiosidad pesó más y, tras alejarse unos kilómetros, regresó a comprobar. Para entonces el hotel había proseguido su peregrinar llevando, tal vez, nuevos viajeros. Años después, Antonio e Hilda volvieron al lugar de la aparición e indagaron sobre el hotel con los vecinos. Efectivamente, existió un hotel Howard Johnson en aquel lugar; fue demolido a inicios de los 60.

Como Oscar, Antonio podía convivir entre ánimas sin molestar y ser molestado. «Esta casa esta llena de fantasmas; ahora mismo están reunidos en la sala, pero a mí no me importa», le comentó a Manuel Díaz Martínez cuando éste lo visitó en 1995 para dictar una conferencia sobre literatura y Cuba en la Universidad de Amherst, donde tanto Antonio como su esposa Hilda eran profesores.

### RETRATO DE MUJER CON DELANTAL

El comentario de Antonio no le pareció inusitado a Manuel Díaz Martínez, puesto que él formaba parte, por decirlo de alguna manera, del círculo de iniciados. Cuando niño, sus padres se mudaron para una vieja casona de El Cerro, donde la mamá de Manuel se topó, desde el primer día, con una señora vestida con delantal que parecía buscar compañía o anhelar algo. Todos los días la agobiada dama aparecía en el mismo sitio.

Con justificada alarma, sus padres mandaron a buscar a la que les alquiló la casa, quien, sin preguntar nada, sacó una vieja fotografía de un sobre y preguntó: «¿Es ésta la señora que vio?» Los padres de Manuel respondieron afirmativamente. «Ella murió hace años pero quería mucho esta casa y la extraña. Otras personas la han visto antes», dijo. Poco después, los padres de Manuel se mudaron nuevamente.

Y, tal vez no por casualidad, fue Manuel el que me escuchó gritar: «¡Coño, era Portocarrero!», mientras un guía nos contaba los detalles de la casa de Benito Pérez Galdós en Las Palmas de Gran Canaria.

—¿Quién?, se acercó Manuel a preguntarme.

—Portocarrero, le dije. El hombre que hace un rato se acercó a saludarme en el café del puerto fue Portocarrero.

—Pero Portocarrero se murió hace muchos años, aclaró sin inmutarse.

Eso ya lo sabía. También que se suicidó, al igual que su compañero Raúl Milián.

Cuando mi esposa Amalia y yo regresamos a Nueva York pocos días después, busqué el libro de historia de la pintura cubana, de Oscar Hurtado y Edmundo Desnoes; tapé los nombres de los artistas con un pedazo de papel, dejando sólo las fotografías, y le pedí que señalara al visitante de Las Palmas. En cuanto vio a Portocarrero lo reconoció.

—¿Estás segura?

—No me cabe la menor duda, ese fue el hombre que te fue a saludar.

Cuando le conté la experiencia a Antonio Benítez Rojo, sus preguntas buscaron una coordenadas que al parecer le eran familiares:

—¿Te saludó nada más que a tí?

—Sí.

—¿Ya Amalia?  
—No, a ella no.  
—¿La miró al menos?  
—Como si no existiera. Ella me preguntó luego quién era ese hombre mal educado.

—¿Cuánto rato estuvo allí?  
—Nada... Me dijo: «me alegro de verte otra vez, o que estés bien, algo así por el estilo», y desapareció.

«Era la imagen astral de Portocarrero», me explicó. «Se está despidiendo de algunas personas. Eres una de ellas. Tú sabrás por qué» .

Supuse que era mi deuda por su encargo que nunca cumplí. Un caso similar al que Oscar le mencionó a Hernán Henríquez; si se trataba de no dejar raíces humanas, Portocarrero tampoco tuvo hijos. Me confesé un no iniciado, y Antonio me escuchó con disimulado recelo. Se inclinaba a pensar que Portocarrero cumplía condena por la manera que escogió para dejar el mundo. «Morir por suicido no es sólo pecado en la tradición cristiana, lo es con diferente sentido en otras cosmologías», fue su explicación.

Por más de diez años quise describir aquel extraño encuentro, pero antes deseaba saber si Manuel Díaz Martínez recordaba aún lo que había ocurrido en Las Palmas en 1994. No fue hasta la primavera de 2006 cuando Manuel volvió a Nueva York. Nos reunimos en el patio de mi casa y le mencioné el asunto. Tenía fresco en su mente el episodio y mi súbito grito de asombro en la casa museo de Galdós.

Después que Manuel regresó a España conocí, por Évora Tamayo, lo que Hernán Henríquez rememoraba de lo sucedido en el cementerio de Colón ante el sepulcro de Oscar, cuando, al fin, tras meses de tormento, llegó a la conclusión de que el incidente de la tumba abierta no había sido otra cosa que una trama de Oscar con la complicidad de Pedro Julio, su amigo de todos los tiempos.

La confabulación me pareció ajustada a mi propia experiencia, y desde entonces deseché toda posible casualidad respecto al inusual encuentro de aquella tarde de 1994 en el puerto de Las Palmas. Alguien, me dije, sirvió de mensajero con Portocarrero.

¿Pero quién? ¿Oscar, gracias a su peregrinaje por el tiempo, o Antonio, siempre tan predisposto a explorar todos los ángulos de las cosas?

Ya estaba listo a mandar una nota a Manuel Díaz Martínez con mis sospechas, cuando, de pronto, recordé el cuadro «Mujer en el Interior del Cerro», de Portocarrero, tras lo cual cancelé la carta para siempre, ya que desde entonces no consigo olvidar la similitud entre la dama de la pintura y la descripción de la señora que, por la misma época del cuadro, se le aparecía a la madre de Manuel en busca de consuelo.

Y es que ese día tuve la certeza de la identidad real de la persona que hizo posible el reencuentro de Las Palmas.